

CAPÍTULO XXIII

Consideraciones del Padre Champagnat acerca de la educación infantil

Educar a un niño no se reduce a enseñarle a leer, escribir y darle las primeras nociones de las materias de la enseñanza primaria. Tales conocimientos serían suficientes si el hombre hubiera nacido sólo para este mundo. Pero el hombre tiene otro destino: el cielo, Dios. Y para el cielo y para Dios hay que educarlo. Educar a un niño es, pues, hacerle consciente de ese destino maravilloso y sublime y poner a su alcance los medios de conseguirlo. En definitiva, se trata de hacer del niño un buen cristiano y un honrado ciudadano.

A consecuencia de su degradación original, el hombre nace con el germen de todos los vicios y virtudes. Es el lirio entre espinas¹, la vid que necesita poda², el campo donde el padre de familia sembró la buena semilla, pero en el que el enemigo esparció la cizaña. Educar es arrancar las espinas, podar la vid, cultivar el campo, eliminar la cizaña³.

Al fundar el Instituto, el Padre Champagnat no sólo se propuso dar instrucción primaria a los niños, ni sólo enseñarles la verdades religiosas, sino, sobre todo, ofrecerles una educación en el sentido que acabamos de decir.

“Si nos limitáramos a enseñar las ciencias profanas, no tendrían razón de ser los Hermanos; eso ya lo hacen los maestros. Si sólo nos propusiéramos la instrucción religiosa, nos limitaríamos a ser simples catequistas y reunir a los niños una hora diaria para hacerles recitar el catecismo.

No; nuestro propósito es más ambicioso: queremos educar al niño, esto es, darle a conocer su deber y enseñarle a cumplirlo; inculcarle espíritu, sentimientos y costumbres religiosas, las virtudes del cristiano y del honrado ciudadano. Para conseguirlo, hemos de ser auténticos educadores, conviviendo con los niños el mayor tiempo posible.

Y para lograr una educación más completa, el piadoso Fundador autorizó a los Hermanos a admitir alumnos internos y exigió que en todos los centros hubiera un patio de recreo para los niños. “Si sólo pensáramos en nuestra conveniencia y comodidad – escribía al alcalde⁴ de cierto municipio–, no se nos ocurriría exigir tal patio; el huerto bastaría para que los Hermanos pudiesen tomar el aire. La ventaja del patio es que permite a los Hermanos apartar a los niños de la calle y vigilarlos durante los juegos y recreos. Exigimos un local⁵ únicamente para inculcar buenos principios a nuestros alumnos y preservarlos de las malas compañías.”

* * *

Como a lo largo de esta historia hemos expuesto el pensamiento del buen Padre sobre cada uno de los aspectos de la educación del niño, añadiremos ahora algunas máximas y consejos que no hemos tenido ocasión de citar.

“La educación es para el niño –decía– como el cultivo para la tierra. Por excelente que sea un suelo, si permanece yermo, sólo produce zarzas y espinos. Igualmente, por muy buenas que sean las aptitudes de un niño, si le falta la educación, carecerá de virtud y su vida será estéril.

Cultivar una tierra es arrancar de ella las malas hierbas y la maleza. Cultivar el corazón del niño es corregir sus vicios y defectos. Supone un largo y continuo trabajo. Un Hermano debe aplicarse continuamente a corregir y arrancar, es decir, ayudar a los niños a conocer sus defectos, inspirarles aversión a ellos y animarlos a que los combatan con los medios oportunos.

Formar el corazón es fomentar y desarrollar sus buenas disposiciones, adornarlo de virtudes. Esto se consigue dando buenos principios a los niños, inculcándoles sumo horror al pecado, mostrándoles los encantos y delicias de la virtud y ejercitándolos en ella continuamente, pues la virtud sólo con la práctica se adquiere.”

*Como todo don perfecto viene de arriba*⁶, la piedad es el medio más rápido y eficaz para corregir a los niños de sus defectos y formarlos en la virtud. Pues bien, para conseguir que los niños sean realmente piadosos, son imprescindibles tres cosas:

1. Inculcarles la necesidad y ventajas de la oración, e infundirles una alta estima de los ejercicios de piedad.

2. Esmerarse en que hagan la oración en clase con atención, modestia y recogimiento. Este punto es de suma importancia.

3. Ejercitarlos en prácticas piadosas, adecuadas a su edad y necesidades.”

“Un buen jardinero arranca, cultiva, planta y riega: son las cuatro cosas que debe hacer el Hermano. Tiene que arrancar o corregir los defectos de sus alumnos con caritativas advertencias y discretas y prudentes correcciones. Debe cultivar sus buenas disposiciones y sembrar en su corazón buenos principios por medio de instrucciones y pláticas cuidadosamente preparadas, y con avisos dados oportunamente. Y, finalmente, debe regar todo esto con oración fervorosa.”

* * *

“La obediencia⁷ es la base de toda buena educación; es el quicio sobre el que descansa todo el porvenir del hombre y del cristiano. La obediencia es la virtud de todas las edades y condiciones. El que no sabe obedecer no es sólo mal cristiano, es también la plaga de la sociedad, la cual sólo subsiste si hay respeto y sumisión a los magistrados y a las leyes.

Para lograr la obediencia y formar a los niños en dicha virtud, un Hermano ha de procurar:

1. No mandar ni prohibir cosa alguna injusta o arbitraria.

2. Evitar mandar o prohibir muchas cosas a la vez, pues la multiplicidad de órdenes o prohibiciones provoca su olvido. Además, la coacción innecesaria resulta molesta.

3. No mandar cosas demasiado difíciles o imposibles de cumplir: nada exaspera tanto a los niños y los vuelve más obstinados y rebeldes que las exigencias desmesuradas.

4. Exigir la ejecución exacta y total de lo que se ha ordenado. Dar órdenes o imponer tareas escolares o castigos y no exigir su cumplimiento, es contribuir a que el niño se vuelva desobediente, echar a perder su voluntad y acostumbrarlo a hacer caso omiso de los mandatos y prohibiciones.

Para educar, para formar a un niño, hay que merecer su respeto y obediencia. Pues bien, los únicos títulos que el niño acepta y comprende son la virtud, el buen ejemplo, la competencia personal y los sentimientos paternos. La educación es, pues, y ante todo, fruto del buen ejemplo, porque la virtud consolida la autoridad y porque, al ser el instinto de imitación innato en el hombre, las acciones tienen mayor fuerza de persuasión que las teorías y las palabras.

El niño aprende más con los ojos que con los oídos: viendo trabajar a sus padres o a los oficiales, se va acostumbrando a realizar los distintos trabajos y aprende un oficio. Del mismo modo asimila mucho mejor la virtud y la vida cristiana cuando la ve practicar y recibe buenos ejemplos. Un Hermano piadoso, puntual, caritativo, paciente, abnegado, afable y fiel en el cumplimiento de sus obligaciones está dando catequesis permanentemente. Pues con su ejemplo, y sin advertirlo, infunde en sus alumnos la piedad, la obediencia, la caridad, el amor al trabajo y las demás virtudes cristianas.

* * *

“Para educar a los niños hay que amarlos. Y amarlos a todos por igual. Amar a los niños es entregarse totalmente a su educación, adoptar todos los medios que un celo ingenioso pueda sugerir para formarlos en la virtud y la piedad.

Amarlos es tener en cuenta que el niño es un ser débil, que necesita ser tratado con bondad, caridad y comprensión, y ser instruido y formado con infinita paciencia.

Amarlos es afrontar sin queja sus defectos, su indocilidad y hasta su ingratitud; es no tener en las atenciones que se les prodiga más intenciones que las sobrenaturales, esto es, la gloria de Dios, el interés de la Iglesia y la salvación de esas tiernas criaturas.”

* * *

“Nada se opone tanto a ese amor, verdadero y sincero a los niños, como las familiaridades rastreras, las preferencias hacia determinados alumnos y las amistades particulares.”⁸

En sus enseñanzas sobre este delicado asunto, el piadoso Fundador clamaba enérgicamente contra tales amistades, y afirmaba que a menudo son la ruina del maestro y de los alumnos⁹.

Efectivamente, esas familiaridades ocasionan tres grandes daños:

1. Echan a perder el carácter y las cualidades morales de los niños que han tenido la desgracia de verse implicados en ellas. La experiencia enseña que los chicos que son admirados, halagados y alabados excesivamente y sin motivo se vuelven orgullosos, falsos, inflexibles, perezosos, insolentes, ingratos, egoístas y, por ende, corrompidos y profundamente perversos.

2. Son para el maestro uno de los ardidés más peligrosos del demonio y origen de nefastas tentaciones. Por eso, el Padre Champagnat advertía: “Quien deja la puerta de su corazón abierta a esa especie de afectos y no los combate, se expone a gravísimos peligros. Muy pronto su situación llegará a ser tan crítica que terminará en ocasión de pecado y le pondrá al borde del abismo.”

Estas palabras explican la severidad suma del buen Padre hacia ese tipo de faltas: no quería que ningún Hermano que tuviera que reprocharse lo más mínimo en este punto se acercase a comulgar sin haberse confesado previamente. Es más, consideraba no aptos para el Instituto a quienes sentían propensión manifiesta hacia estas falsas amistades. Y llegó a negar la solicitud de profesión, aplazándola durante varios años, a ciertos individuos, por otra parte virtuosos y bien dotados, por la única razón de haber tenido algún ligero desliz en este aspecto.

3. Son causa de mal espíritu entre los demás alumnos; pues la envidia, tan natural en el hombre, les hace ver tales preferencias, y les hace sentirse menospreciados y tratados injustamente. Todo eso los enoja, los solivianta y les induce a despreciar al profesor, negarle obediencia y hasta, a veces, a sospechar de él y calumniarlo.

El Padre Champagnat decía a menudo que uno de los medios más eficaces para atraer a los niños a la escuela y formarlos en la virtud era preparar cuidadosamente la catequesis y hacerles amenas las exposiciones. Para ello recomendaba estos medios:

1. Aprender de memoria o, al menos, leer pausada y atentamente la lección que ha de explicarse.

2. Anotar las ideas principales que se quiere resaltar y hacer que los niños se fijen en ellas.

3. Prever las preguntas secundarias que se van a hacer sobre dichas ideas, estructurarlas de modo que desarrollen el tema y lo hagan comprensible a los menos dotados.

4. Utilizar con frecuencia símiles, parábolas, ejemplos, historietas para ratificar la doctrina y atraer la atención de los niños.

5. Procurar que las preguntas complementarias sean siempre cortas, claras, útiles y sencillas.

6. Exigir que los alumnos aprendan al pie de la letra el catecismo, pues eso les ayuda poderosamente a comprender y retener las explicaciones.

7. En la enseñanza del catecismo, proponerse siempre estos cuatro objetivos: 1) Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo. 2) Poner de relieve la dulzura, los encantos y ventajas de la virtud y la dicha de quienes la practican. 3) Poner el mismo empeño en resaltar la monstruosidad y fealdad del vicio, los males y castigos que lleva consigo y esforzarse por inculcarles sumo horror y aversión al pecado. 4) Ganarse el corazón del niño, hacerle amar la religión e inducirle a cumplir sus obligaciones por amor.

8. En la preparación de la catequesis, plantearse a menudo estas preguntas: ¿Domino suficientemente lo que voy a explicar y enseñar a mis alumnos? ¿Comprendo esta lección, esta verdad, estoy profundamente impregnado de ella? ¿Cómo conseguiré hacérsela captar mejor a los alumnos, hacérsela amar, mover su voluntad para que practiquen el bien que pide o eviten el mal que prohíbe?

9. Adoptar y mantener una actitud grave y un rostro alegre, afable, modesto, que manifiesten el gozo que se siente de hablar de Dios.

Informaron en una ocasión al Padre Champagnat que un Hermano no daba el catecismo. Lo mandó llamar y le preguntó por qué no lo hacía.

- La única razón -respondió el Hermano- es mi ineptitud y la dificultad que siento para darlo.

- Dar la catequesis -repuso el Padre- no resulta difícil cuando se es piadoso, se tiene celo y se prepara la clase como prescribe la Regla. La labor de un Hermano catequista no consiste en dar largas explicaciones, plantear cuestiones sublimes y preguntas difíciles y menos aún en pronunciar sermones. Quédese todo eso para los teólogos; usted límitese a preguntas cortas y a dar explicaciones sencillas y familiares.

Supongamos que tiene que dar una catequesis sobre el misterio de la Redención. No hay que ser muy sabio para preguntar a los niños:

- ¿Cuáles son los principales padecimientos de Nuestro Señor?

- ¿Cuál ha sido la causa de sus sufrimientos y muerte?

- ¿Por qué ha padecido?

- ¿Cómo ha padecido?

- ¿Qué sentimientos deben inspirarnos los padecimientos y la muerte de Jesucristo?

“Ahora bien, estas cuatro o cinco preguntas, desarrolladas con otras secundarias y acompañadas de unas palabras de exhortación a amar a Nuestro Señor y aborrecer el pecado que es el motivo de sus sufrimientos, son suficientes para dar una buena catequesis.

Veamos otro ejemplo. Versa el tema de la catequesis sobre un mandamiento de la ley de Dios.

¿Tan difícil resulta preguntar qué manda y qué prohíbe? ¿Destacar las ventajas que se derivan de su cumplimiento y los males que se siguen de no observarlo? ¿Es difícil hacerse comprender y ratificar todo eso con alguna comparación y algún pasaje de la Sagrada Escritura o de la vida de los santos?

Hay muchas madres cristianas que dan de este modo la catequesis a sus hijos todos los días. Sería bochornoso que los Hermanos, que por profesión deben estudiar religión, no fueran capaces de hacer lo mismo.

No se instruye a los niños ni se los forma en la virtud con largos y sabios discursos, sino haciéndoles aprender de memoria el texto del catecismo, inculcando profundamente en sus almas las principales verdades de la religión, recordándoles a menudo los deberes fundamentales del cristiano y habituándolos a cumplirlos. Ahora bien, repito, todo ello debe hacerse con pocas palabras y de tal modo que manifiesten que estáis profundamente identificado con lo que decís.”

Las lecciones del buen Padre acerca del modo de dar la catequesis produjeron abundantes frutos. Los primeros Hermanos¹⁰, destacaron todos por su celo en la educación cristiana de los niños y por un talento especial en formarlos en la virtud.

* * *

En cierto pueblo, una madre que no había querido enviar a sus hijos a la escuela de los Hermanos, con el pretexto de que estos eran demasiado jóvenes, se presentó un día ante el párroco y le dijo: “Aunque los Hermanos son todavía unos niños, debo admitir que enseñan admirablemente el catecismo. El chico de mi vecina, que va a su escuela, se sabe el catecismo mejor que todas nosotras. Cada noche nos explica la lección y nos cuenta cosas maravillosas. Por eso he decidido llevar mañana mismo a mis tres hijos a la escuela de los Hermanos.”

En otro pueblo, el coadjutor, admirado de ver la diligencia con que los niños acudían los domingos a la escuela de los Hermanos, tan sólo para asistir a la catequesis, dijo a su párroco:

- No sé qué pueden decir los Hermanos a esos muchachos. Los entretienen horas enteras sin aburrirlos.

- Los Hermanos –repuso el señor cura– dan muy bien la catequesis, y estoy seguro de que no le vendría nada mal ir a escucharlos.

El mismo sacerdote, hablando a uno de los Vicarios generales del éxito de la escuela y del bien que realizaban los Hermanos, le decía: “Es voz común que nuestros muchachos han experimentado un cambio notable. Pero esa transformación externa que todo el mundo puede apreciar es insignificante; hay que ser párroco y confesor para conocer todo el bien que los Hermanos han realizado desde que han llegado aquí.”

* * *

Otro de los medios que el Padre Champagnat consideraba imprescindible para atraer a los niños a la escuela y formarlos en la virtud, era la disciplina.

“Algunos –decía– creen que la disciplina aparta a los niños de la escuela. Muy al contrario. Todo el mundo quiere orden; el desorden desagrada a todos, incluso a los niños. Éstos se sienten contentos y se encuentran a gusto en una escuela disciplinada, mientras que sufren y pierden gusto por el estudio en una clase indisciplinada.

La falta de disciplina es para una clase lo que el defecto dominante para el hombre, fuente de todos los males y causa directa o indirecta de todas las faltas que en ella se cometen.

Los defectos más nocivos a un profesor, los que socavan su autoridad y la disciplina de la escuela son: 1) el prurito de hablar siempre, 2) la ligereza, 3) la familiaridad rastrera, 4) el desaliento, 5) la inconstancia.

La autoridad es demasiado floja cuando no se respeta a los monitores o a quienes el maestro deja como sustitutos. También lo es cuando desaparece en ausencia del maestro.

Si veis que el orden y la disciplina se alteran o desaparecen cuando el maestro se ausenta, es señal inequívoca de que éste no tiene ascendiente moral ante sus alumnos y

que sólo los domina por coacción material. En tal clase no existe educación posible; el maestro hace el oficio de policía.

Los premios y los castigos sólo ayudan a mantener la disciplina cuando se emplean con moderación y cordura. También los castigos han de dosificarse: empezar siempre por los más suaves y recurrir a los rigurosos sólo en caso de faltas graves y excepcionalmente. Lo mismo debe hacerse con los premios: hacerlos desear y merecer y concederlos justa y razonablemente.

Nunca debe darse como castigo algo que en sí mismo ha de ser querido y venerado por los niños, como rezar, ayudar a misa, hacer un favor a alguien, etc. Tampoco dar como penitencia una lección de catecismo, copiar oraciones o aprenderlas de memoria, para no fomentar en los niños aversión hacia algo que debieran estimar y amar.

La emulación, las recompensas y los castigos son sólo medios para estimular la laboriosidad, el estudio y docilidad de los alumnos. Para conseguirlo eficazmente hay que preservar al niño del mal y conservar su inocencia. Para ello es fundamental inculcarles estas dos máximas:

“Dios me ve siempre y en todas partes.”

“Al estar solo nunca debe uno permitirse lo que no se atrevería a hacer delante de otros, ni lo que le avergonzaría si tuviera que contárselo a sus padres o superiores...”

* * *

“Finalmente, para educar debidamente a los niños –decía el Padre Champagnat– hay que amar ardientemente a Jesucristo. Es lo que nos quiso dar a entender el divino Salvador al preguntar a san Pedro por tres veces si le amaba, antes de confiarle el cuidado de su Iglesia¹¹.

Nuestro Señor, que condensó todos los mandamientos en el amor a Dios y al prójimo¹², reduce asimismo todas las virtudes de los pastores de almas, de los Superiores y de cuantos tienen responsabilidad sobre los demás, en la caridad. Porque todo cuanto necesitan para desempeñar debidamente sus funciones fluye de esa virtud como de su fuente y origen. Efectivamente, queridos Hermanos, amad a Jesús y poseeréis todas las virtudes y cualidades de un educador perfecto.

La humildad es el sello característico de un auténtico Hermanito de María; ha de ser su virtud predilecta; la caridad es humilde y *no se jacta ni se engríe*¹³.

La mansedumbre debe empaparos y acompañar todas vuestras virtudes si queréis conquistar el corazón de los muchachos: la caridad es afable, espera siempre.

Necesitáis paciencia para soportar los defectos de los niños y todas las dificultades inherentes a vuestro estado: *la caridad es paciente, disculpa siempre, aguanta siempre*.

La prudencia y el equilibrio son indispensables a quienes están al frente de los demás y tienen la responsabilidad de educar a los niños: *la caridad no se exaspera ni lleva cuenta del mal*.

Debéis ser siempre bondadosos, corteses y afables en vuestras relaciones con los niños y demás personas: *la caridad es afable, no es grosera*.

Necesitáis gran espíritu de desprendimiento, celo, generosidad, abnegación para entregar vuestra vida a los niños y consagraros a su educación: *la caridad es generosa, es más fuerte que la muerte no busca su propio interés*¹⁴, se ocupa únicamente en procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

El Hermano que ama realmente a Jesús es, pues, humilde, manso, comprensivo, paciente, prudente, generoso, firme, celoso, cortés; en una palabra, posee todas las virtudes. Y la caridad que lo une a Dios le procura gracias, auxilios y protección divina, haciéndolo omnipotente e idóneo para todo.

Un detalle en que debéis fijaros es que Jesucristo dice a Pedro: *Apacienta mis ovejas*¹⁵, ¿Por qué dice “mis ovejas” y no “tus ovejas”?

1. Para enseñarnos que hemos de buscar la gloria de Dios y no la nuestra, los intereses de Jesucristo y su Iglesia y no nuestras ventajas personales.

2. Para animarnos a respetar a los niños y tratarlos siempre con bondad, justicia y amor. ¿Con qué miramientos los instruiríais y educaríais si esos chicos fueran hijos de príncipes o de reyes?

¿Qué atención tendríais sobre vosotros mismos para haceros dignos de tal misión, merecer su aprecio, ser amables con ellos y evitar cuanto pudiera ofenderlos o disgustarlos? Pues bien, vuestros alumnos son mucho más que hijos de reyes; son hijos de Dios, hermanos y miembros de Jesucristo. Y no olvidéis nunca: el divino Salvador, que es la misma verdad, considera como hecho a sí mismo¹⁶ todo el bien o el daño que les hagáis.”

* * *

Concluiremos este capítulo con algunas consideraciones del piadoso Fundador sobre el celo por la santificación de los niños. “El celo –decía– es una virtud fecunda en frutos de gracia y bendición. Es un tesoro y manantial de toda clase de bienes. Para un Hermano el celo es la piedra filosofal, la alquimia que transforma en oro todo lo que hace.

Enseñáis a los alumnos gramática, aritmética, geografía, dibujo para tenerlos ocupados y preservarlos de las ocasiones de ofender a Dios; y lo hacéis para atraerlos a la escuela, merecer su aprecio y formarlos más fácilmente en la virtud. Pues bien, vuestros estudios, las lecciones de lectura, caligrafía, gramática, aritmética, todo esto os será tenido en cuenta en la eternidad: son otros tantos actos de virtud que estáis practicando. El celo que ponéis en llevar a los niños a Dios cambia en oro, es decir, en actos de virtud, las acciones más ordinarias y cuanto hacéis en clase.

Oh, qué diferencia entre el Hermano que da la clase como apóstol y el que la da como un maestro de escuela que desempeñara un oficio! Todas las palabras y actos del primero, vivificadas por la caridad, se transforman en obras de celo; las del segundo son obras muertas.

La educación de la juventud no es un oficio, es un ministerio religioso y un auténtico apostolado. Se equivocan quienes consideran la clase como un oficio pesado y, si obran en consecuencia, realizan de modo profano una tarea muy meritoria y grata a Dios. Si tales Hermanos poseyeran el espíritu de su estado, si comprendiesen la sublimidad de su vocación, dirían más bien: educar a los niños es una obra de celo, de entrega y de sacrificio.

Para desempeñar debidamente esa tarea, que es participación en la misión de Jesucristo, hay que poseer el espíritu del divino Salvador y, como el, estar dispuestos a dar la sangre y la vida por los niños.

Un Hermano celoso es una persona sumamente querida de Nuestro Señor; lo quiere como a la niña de sus ojos; lo considera como socio, cooperador en la santificación de las almas.

El celo atrae al Hermano abundantes gracias y la protección especial de Dios frente a las tentaciones y peligros que puedan acecharle. Dando la catequesis a los niños y formándolos en la virtud, cuidáis de los intereses de Dios: Dios se preocupará de los vuestros. Combatís por él acompañando a los niños, corrigiendo sus defectos, haciendo que eviten el pecado; él luchará por vosotros; tomará como gloria suya sosteneros en la tentación y otorgaros la victoria sobre el enemigo.

Conozco a varios Hermanos que se han librado de tentaciones peligrosas dando bien el catecismo y prometiendo a Jesús enseñar las oraciones a los niños y prepararlos cuidadosamente para la primera comunión.

El celo será para un Hermano un gran motivo de consuelo en la hora de la muerte. Hay tres clases de personas que no tienen por qué temer la muerte: los que aman mucho a Jesús, los que trabajan por su gloria y los que sufren por él. Pues bien, un Hermano celoso cumple los tres requisitos: ama a Jesús, ya que lo ha dejado todo por servirle y para conquistarle niños, y en su ministerio de catequista, tan sublime y tan difícil, ¡cuánto habrá tenido que sufrir! ¡Qué bien le acogerá Jesús en la hora de la muerte! ¡Qué gozo, qué dicha sentirá cuando el divino Salvador le muestre los actos de virtud que practicó en la clase, las lecciones de catecismo que explicó, las oraciones que enseñó, las exhortaciones y avisos que dio, los alumnos que educó, formó y preparó para la primera comunión!

Que dicha cuando le dé a conocer los pecados que ha evitado y le diga: ¡Ven, bendito de mi Padre, a compartir mi felicidad!¹⁷ Has gastado tu vida recogiendo los frutos de mi sangre, dándome a conocer y logrando que me bendijeran. ¡Ven, recibe la corona de gloria, y entra para siempre en la gloria de tu Señor y Dios!¹⁸

El celo es fuente de prosperidad para una casa. Se refiere en la Sagrada Escritura que Dios bendijo a las comadronas de Egipto y colmó de prosperidad sus casas, porque habían librado de la muerte a los hijos de los hebreos¹⁹.

Si Dios premió con tales gracias a aquellas mujeres paganas por haber salvado la vida de los hijos de su pueblo, ¿cómo no va a colmar de bendiciones a un Hermano que trabaja por librar las almas de los niños de la muerte eterna?

La escuela dirigida por un Hermano celoso es un centro asentado sobre roca²⁰. Dios lo protegerá, defenderá, bendecirá y le dará prosperidad cada vez mayor. El celo es un imán que atrae a los niños y los encariña con la escuela. Si dais bien el catecismo, si enseñáis con esmero las oraciones, si formáis a los alumnos en la virtud, si los guardáis de las malas compañías y los ayudáis a evitar el pecado, los ángeles os traerán niños a la escuela. Os los traerá Dios mismo y preparará de tal modo su corazón, que se sentirán atraídos hacia vuestra escuela por una fuerza secreta, y vendrán a ella, a pesar de sus padres y de todo lo que puedan hacer los malos para impedirselo.”



¹ Ct 2, 2.

² Is 5, 1-7.

³ Mt 13, 24-26.

⁴ No conservamos esa carta.

⁵ Cfr. OME, doc. 28 (11), pág. 88.

⁶ St 1, 17.

⁷ “La obediencia es la virtud que ellos (los niños) sobre todo deben practicar.” Carta del P. Champagnat al Hermano Alfonso, de 3 de noviembre de 1833 (LPC 1, doc. 31, pág. 86).

⁸ Palabras añadidas (Ed. 1896, pág. 620) para dar sentido correcto.

⁹ “Nunca tomarán aparte a un niño bajo ningún pretexto; lo harán en presencia de otro Hermano o de, al menos, otros cuatro niños” (Reglas de 1837, capítulo V, art. 22, pág. 44).

“No se permitirán familiaridad alguna con ellos (los niños), como tomarlos de la mano, o algo por el estilo. El Hermano que haya podido ser testigo de tales familiaridades, ya con los niños, ya entre los mismos Hermanos, queda obligado a comunicárselo al Superior lo antes posible” (Regla de 1837, cap. V, artículo 23, pág. 44).

¹⁰ Sobre todo el H. Lorenzo. En la circular del 3 de julio de 1851, el Hermano Francisco, al comunicar el fallecimiento de ese Hermano, narra la siguiente anécdota: “¡Cuántas veces ha venido a vernos el querido Hermano Lorenzo, cuando la enfermedad lo había confinado en la Casa Madre, para pedir el permiso de ir a dar la catequesis de pueblo en pueblo mendigando el pan!” (CSG XII, pág. 71) y (AFM, carta del Hermano Lorenzo). El autor de este libro (H. Juan Bautista),

enviado como Director y cocinero a la escuela de Bouillargues en 1842, cuando era Asistente, daba diariamente el catecismo, con gran admiración de los feligreses y del párroco, que quiso escucharlo escondido en un confesonario” (cfr. Nos Supérieurs, págs. 29-30. Économat général des Frères Maristes, Saint- Genis-Laval,1953).

¹¹ Jn 21, 15-17.

¹² Mt 22, 40.

¹³ 1 Co 13, 4.

¹⁴ 1 Co 13, 4-8; Rm 12, 9 y 13, 10.

¹⁵ Jn 21, 17.

¹⁶ Mt 25, 40.

¹⁷ Mt 25, 34.

¹⁸ Mt 25, 21.

¹⁹ Ex 1, 17-20.

²⁰ Mt 7, 24.